

ROBERT M. PIRSIG

**Zen y el arte del mantenimiento
de la motocicleta**

TRADUCCIÓN DE RENATO VALENZUELA MOLINA



Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta

Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta

Una indagación sobre los valores

ROBERT M. PIRSIG

TRADUCCIÓN DE RENATO VALENZUELA MOLINA

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Zen and the Art of Motorcycle Maintenance.

Copyright © 1974, 1999 by Robert M. Pirsig
All rights reserved
Published by arrangement with HarperCollins Publishers, Inc.

Primera edición: 2004
Segunda edición: 2008
Tercera edición: 2010
Cuarta edición: 2015

Traducción
© Renato Valenzuela Molina

Imagen de portada
© Pablo Auladell

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2017
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sexto piso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego

Conversión a libro electrónico
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-16358-32-8

Índice

- PORTADA
- NOTA DEL AUTOR
- PRIMERA PARTE
 - CAPÍTULO 1
 - CAPÍTULO 2
 - CAPÍTULO 3
 - CAPÍTULO 4
 - CAPÍTULO 5
 - CAPÍTULO 6
 - CAPÍTULO 7
- SEGUNDA PARTE
 - CAPÍTULO 8
 - CAPÍTULO 9
 - CAPÍTULO 10
 - CAPÍTULO 11
 - CAPÍTULO 12
 - CAPÍTULO 13
 - CAPÍTULO 14
 - CAPÍTULO 15
 - CAPÍTULO 16
 - CAPÍTULO 17
 - CAPÍTULO 18
 - CAPÍTULO 19
 - CAPÍTULO 20
 - CAPÍTULO 21
 - CAPÍTULO 22
 - CAPÍTULO 23
 - CAPÍTULO 24
 - CAPÍTULO 25
 - CAPÍTULO 26
- TERCERA PARTE
 - CAPÍTULO 27
 - CAPÍTULO 28
 - CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
EPÍLOGO
INTRODUCCIÓN PARA LA EDICIÓN DEL VIGÉSIMO
QUINTO ANIVERSARIO
NOTAS

Para mi familia

NOTA DEL AUTOR

Lo que sigue está basado en hechos reales. Aunque mucho ha sido cambiado con fines retóricos, debe considerarse en su esencia como real. Sin embargo, de ningún modo debería asociarse con ese gran cuerpo de información fáctica que se relaciona con la práctica del budismo zen ortodoxo. Tampoco es demasiado exacto en lo que se refiere a las motocicletas.

*Y qué es bueno, Fedro,
y qué no es bueno.
¿Necesitamos pedir a al-
guien que nos lo diga?*

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Sin quitar la mano del manillar izquierdo de la moto, puedo ver en mi reloj que son las ocho y media de la mañana. El viento, aun yendo a cien kilómetros por hora, es tibio y húmedo.

Si a esta hora es tan cálido y pegajoso, me pregunto cómo será por la tarde.

En el viento hay acres olores de las ciénagas junto al camino. Estamos en un área de Central Plains repleta de miles de pantanos para la caza de patos, que se extienden hacia el noroeste desde Minneapolis hasta los montes de Dakota. Ésta es una vieja carretera de hormigón de dos pistas que no ha tenido mucho tráfico desde que, hace ya varios años, se construyó otra de cuatro pistas paralela a ella. Cuando pasamos alguna marisma de pronto el aire se hace más fresco. Luego, cuando la sobrepasamos, vuelve a calentarse de repente.

Me siento feliz de estar recorriendo una vez más esta región. Es una especie de «ninguna parte», famosa por nada que no sea justamente eso. La tensión desaparece cuando se va por estos caminos. Damos tumbos a lo largo del machacado asfalto entre totoras y trechos de vegas y luego más totorales y vegetación de pantanos. Aquí y allá hay un trecho de agua, y si miras bien puedes ver patos silvestres al borde de los totorales. Y tórtolas... Allí hay un tordo alirrojo.

Golpeo la rodilla de Chris y se lo señalo.

—¿Qué!? —grita.

—¡Un tordo!

Dice algo que no oigo.

Agarra la parte de atrás de mi casco y aúlla:

—¡He visto montones de éstos, papá!

—¡Ah! —vuelvo a gritar. Después asiento con la cabeza.

A los once años a uno no le impresionan demasiado los tordos alirrojos.

Para eso tienes que madurar. Para mí todo está mezclado con recuerdos que él no tiene. Como las frías mañanas de hace muchos años, cuando el pasto de los pantanos se había marchitado y las cañas se batían con el viento del nordeste. El olor acre provenía entonces del barro batido por las botas altas, mientras nos apostábamos esperando que apareciera el sol y comenzara la temporada de la caza de patos. O los inviernos, cuando los pantanos estaban congelados y muertos y yo podía caminar a través del hielo y la nieve, entre la muerta vegetación, y no ver otra cosa que cielos grises, cosas muertas y frío. Los tordos ya habían emigrado. Pero ahora en julio están de regreso y todo está lleno de vida. Cada metro de estos pantanos está vibrando, chirriando, zumbando y trinando, una comunidad de millones de cosas vivas viviendo en una especie de benévolo continuo.

Cuando vas de vacaciones en moto ves las cosas de forma totalmente diferente. En un coche siempre estás dentro de un habitáculo y, por estar acostumbrado a eso, no te das cuenta de que a través de la ventanilla todo lo que ves es sólo una extensión de la televisión. Eres un observador pasivo y todo se mueve lentamente a tu lado, como en un marco.

En una moto el marco desaparece. Estás en completo contacto con todo. Estás *dentro* de la escena, no tan sólo contemplándola, y la sensación de presencia es abrumadora. Ese hormigón que pasa zumbando a diez centímetros de tus pies es lo real, el material sobre el que caminas está allí mismo, tan borroso que no puedes enfocarlo, sin embargo en cualquier momento puedes bajar el pie y tocarlo, y todo el asunto, la experiencia total, permanece siempre en tu conciencia inmediata.

Chris y yo viajamos a Montana con unos amigos que se han adelantado, y tal vez vayamos más lejos aún. Los planes son deliberadamente imprecisos, más por el hecho de viajar que para llegar a alguna parte. Sólo estamos de vaca-

ciones. Preferimos los caminos secundarios. Los mejores son las carreteras provinciales pavimentadas, después las autopistas estatales. Los peores son las autopistas de alta velocidad. Queremos hacer un buen tiempo, pero para nosotros el énfasis al medirlo está en «buen» más que en «tiempo» y cuando cambias ese énfasis la perspectiva cambia por completo. Los caminos serpenteantes y empinados son largos en términos de segundos, pero los disfrutas mucho más en una moto, donde puedes inclinarte en las curvas y no te columpias de lado a lado en el interior de un habitáculo. Los caminos con poco tráfico son mucho más agradables y también más seguros. Las vías sin moteles ni anuncios son aún mejores, caminos donde los bosquecillos, pantanos, huertos y prados casi te llegan al hombro; donde los chicos te hacen señas cuando pasas por su lado; donde las personas miran desde sus porches para ver quién es; donde cuando te detienes para preguntar alguna dirección o información las respuestas tienden a ser, en vez de breves, más largas de lo que querrías; donde la gente te pregunta de dónde eres y cuánto tiempo llevas conduciendo.

Hace algunos años, a mi esposa, a nuestros amigos y a mí empezaron a cautivarnos estos caminos. Por aquel entonces los tomábamos de vez en cuando para variar o para coger un atajo a otra carretera principal, y el paisaje siempre era estupendo, y dejábamos el camino con una sensación de relajación y gozo. Hacíamos esto una y otra vez antes de rendirnos a la evidencia: estos caminos son verdaderamente diferentes de los principales. El modo de vida y la personalidad de la gente que vive junto a ellos son distintos. No van a ninguna parte. No están demasiado ocupados para ser corteses. El aquí y el ahora de las cosas es algo que todos ellos conocen. Son los otros —los que hace años se mudaron a las ciudades y perdieron sus retoños— quienes lo han olvidado. Este descubrimiento fue un verdadero hallazgo.

Me he preguntado qué nos impidió captarlo durante tanto tiempo. Lo veíamos y sin embargo no lo veíamos. O más bien estábamos entrenados para no verlo. Encaminados,

quizás, a pensar que lo real era lo metropolitano y que todo esto era sólo un aburrido suburbio. Era algo intrigante. La verdad llama a tu puerta y uno dice: «Vete, estoy buscando la verdad», y así la ahuyentas. Intrigante.

Pero una vez que lo captamos, nada nos podía alejar de estos caminos los fines de semana, los atardeceres, las vacaciones. Nos hemos convertido en verdaderos motoristas fanáticos de los caminos secundarios y hemos descubierto que se aprenden muchas cosas al transitarlos.

Por ejemplo, hemos aprendido a situar los buenos caminos en un mapa. Si la línea zigzaguea, ése es bueno; eso significa cerros; si aparenta ser la ruta principal entre un pueblo y una ciudad, entonces es malo. Los mejores caminos siempre conectan ninguna parte con ninguna parte y siempre tienen una alternativa que te lleva allí más rápido. Si te diriges hacia el nordeste desde una ciudad grande, durante un buen trecho, nunca sales directo de la ciudad. Sales y luego empiezas a correr hacia el norte, luego al este, después de nuevo al norte, y pronto te encuentras en una ruta secundaria que sólo los locales utilizan.

La habilidad principal es tratar de no perderse. Dado que los caminos sólo los usa la gente local, que los conocen a simple vista, nadie se queja si los cruces no están señalizados. Y a menudo no lo están. Cuando sí lo están, lo corriente es que se trate sólo de un pequeño letrero que se oculta sin molestar entre las malezas, y eso es todo. Los fabricantes de señalizaciones para carreteras secundarias rara vez los repiten. Si pasas por alto ese letrero entre los matorrales es tu problema, no el suyo. Y de vez en cuando descubres que tu «carretera secundaria» te lleva a una de dos sentidos y enseguida a una de un sentido y luego a un pastizal y se corta, si es que no te deja en el patio trasero de alguna granja.

Así es que navegamos principalmente por puro instinto y deducción de las pistas que vamos hallando. Yo llevo una brújula en mi bolsillo para los días nublados, cuando el sol no señala direcciones, y sobre el depósito de la gasolina llevo un mapa donde puedo mantenerme informado de los

kilómetros recorridos desde el último desvío, y así saber qué buscar. Con estos instrumentos y sin presión por «llegar a alguna parte» funcionamos perfectamente y casi tenemos todo Estados Unidos sólo para nosotros.

Los fines de semana del día del Trabajo y el día del Recuerdo recorreremos kilómetros y kilómetros por estos caminos sin ver otro vehículo, luego cruzamos una carretera federal y observamos los parachoques de los automóviles to-pándose unos con otros hasta el horizonte mismo. En su interior rostros malhumorados. Niños llorando en el asiento trasero. Me gustaría que hubiera alguna forma de decirles algo, pero ellos fruncen el ceño y parecen andar siempre con prisa... y no la hay.

He visto estos pantanos miles de veces, y sin embargo cada vez me parecen distintos. Es un error considerarlos apacibles. Podría decirse que son crueles e insensatos; son todas estas cosas, pero su *realidad* rehúye concepciones intermedias. ¡Allí! Una gran bandada de tordos alirrojos asciende desde sus nidos en los cañizares, sobresaltados por nuestro ruido. Le doy un toque a Chris en la rodilla por segunda vez... luego recuerdo que ya los ha visto antes.

—¿Qué?! —grita otra vez.

—Nada.

—Bueno, ¿qué?

—Sólo estaba asegurándome de que todavía estás ahí — grito, y no decimos nada más.

A menos que te guste gritar no es mucha la conversación que puedes mantener en una moto en marcha. En lugar de eso te pasas el tiempo percibiendo cosas y meditando sobre ellas. En las vistas y sonidos, en el estado del tiempo y en cosas que recuerdas, en la máquina o en el paraje en el que te encuentras, pensando relajada y prolongadamente sin que te metan prisa, sin sentir que estás perdiendo el tiempo.

Lo que me gustaría hacer ahora es usar ese tiempo para conversar sobre algunas cosas que se me vienen a la mente. Vamos con tanta prisa la mayor parte del tiempo que nunca tenemos muchas oportunidades de charlar. El resul-